

LA HISTORIA DE NEWT

EL PALACIO DE LOS RAROS

JAMES
DASHNER

Traducción de Noemí Risco Mateo

¡PELIGRO!

SPOILERS DE LA SERIE.
CRUEL ES BUENA Y TE
HA ADVERTIDO.

 NOCTURNA
EDICIONES

JAMES DASHNER

EL PALACIO DE LOS RAROS

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: ***Crank Palace***

Published originally under the title «Crank Palace»

© 2020 by Riverdale Avenue books

Spanish translation copyright: © 2021 by Nocturna Ediciones

© de la obra: James Dashner, 2020

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2021

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: mayo de 2021

Edición digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-18440-12-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

EL PALACIO DE LOS RAROS

PRIMERA PARTE
BIENVENIDO A MI BARRIO

CAPÍTULO 1

«Allá van».

Newt miró por el cristal mugriento de la portilla del iceberg para ver cómo sus amigos caminaban hacia la enorme e imponente puerta que obstruía la entrada a uno de los pocos pasajes a Denver. Un descomunal muro de acero y cemento rodeaba los rascacielos estropeados pero no destruidos, con tan sólo unos cuantos controles como el que sus amigos estaban a punto de utilizar. O iban a intentar utilizar.

Al levantar la vista hacia las paredes grises, las juntas, las bisagras y los tornillos del color del hierro en los refuerzos de la puerta, era imposible no pensar en el laberinto, donde había comenzado aquella locura. De forma bastante literal.

Sus amigos.

Thomas.

Minho.

Brenda.

Jorge.

Newt había sentido mucho dolor en su vida, tanto externo como en su interior, pero tenía la sensación de que ese instante, mientras veía a Tommy y los demás dejándolo

allí por última vez, era el peor. Cerró los ojos, notando el corazón tan aplastado por la pena como si fuese por diez laceradores. Las lágrimas brotaron de sus párpados apretados y le recorrieron el rostro. Respiraba entrecortadamente. Le dolía el pecho por la tristeza. Una parte de él deseaba con todas sus fuerzas cambiar de opinión: aceptar los descabellados caprichos del amor y la amistad, abrir la inclinada puerta de la escotilla del iceberg, correr por su desvencijada estructura, unirse a sus amigos en la búsqueda de Hans, conseguir que les extrajeran los implantes y aceptar lo que fuera que viniese después.

Pero había tomado una decisión, por muy frágil que fuese. Si por una vez en su vida podía hacer lo correcto, un acto altruista y lleno de bondad, este era el momento. Le ahorraría a la gente de Denver su enfermedad y les ahorraría a sus amigos el sufrimiento de verlo sucumbir a ella.

Su enfermedad.

El Destello.

La odiaba. Odiaba a las personas que intentaban encontrar una cura. Odiaba no ser inmune y odiaba que sus mejores amigos sí lo fueran. Todas esas emociones se contradecían, batallaban, se encolerizaban en su interior. Sabía que estaba volviéndose loco lentamente, un destino del que rara vez se escapaba en lo que concernía al virus. Había llegado a un punto en el que no sabía si podía confiar en sí mismo, ni en sus pensamientos ni en sus sentimientos.

Esa horrible situación de por sí podría enloquecer a una persona que no fuese ya de camino a ese destino solitario. Pero, mientras supiera que todavía le quedaba un ápice de cordura, tenía que actuar. Tenía que ponerse en movimiento o todos esos intensos pensamientos acabarían con él antes que el Destello.

Abrió los ojos, se enjugó las lágrimas.

Tommy y los demás ya habían cruzado el control. Habían pasado a la zona de pruebas, en cualquier caso. Lo que sucediera después Newt ya no lo vería: la puerta se había cerrado, el último pinchazo en su corazón encogido. Le dio la espalda a la ventana y respiró hondo varias veces, intentando disminuir la ansiedad que lo amenazaba como una ola de treinta metros.

«Puedo hacerlo —pensó—. Por ellos».

Se puso de pie y corrió a la litera donde había dormido en el vuelo desde Alaska. Casi no tenía pertenencias, pero lo poco que llevaba consigo lo metió en una mochila junto con algo de comida, agua y una navaja que le había robado a Thomas para acordarse de él. Luego cogió lo más importante: un diario y un bolígrafo que había encontrado al azar en uno de los armarios del iceberg. Al descubrir el cuaderno, había visto que no estaba escrito, aunque sí un poco desgastado y estropeado, con sus interminables páginas blancas aleteando como las alas de un ave mientras lo hojeaba. Algún alma en pena, que había volado a saber dónde en aquella lata, se habría propuesto escribir la historia de su vida y se echó atrás. O murió. Newt había

decidido en aquel instante escribir su propia historia y mantenerla en secreto. Escribirla sólo para sí mismo. Y quizás algún día para otras personas.

El largo sonido de una bocina irrumpió fuera de las paredes de la nave e hizo que Newt se estremeciera y se lanzara a la cama. El corazón palpitó a trompicones rápidos unas cuantas veces mientras trataba de reorientarse. El Destello le volvía asustadizo, le hacía enfadarse enseguida, le convertía en un manojito de nervios en todos los sentidos. Y en adelante sólo iba a ir a peor... De hecho, parecía que el maldito bicho estuviera trabajando horas extras en su pobre cerebro. Estúpido virus. Deseó que fuera una persona para darle una paliza.

El ruido cesó al cabo de unos segundos, seguido de un silencio tan tranquilo como la oscuridad, y sólo en ese silencio Newt se dio cuenta de que antes de la bocina se había oído fuera el sonido ambiental de personas, erráticas y... distintas. Los raros. Los que habían traspasado el Ido debían de abundar fuera de los muros de la ciudad, intentando entrar sin más motivos que la locura que les instaba a hacerlo. Desesperados por la comida, como los animales primitivos en los que se habían convertido.

En lo que él se convertiría.

Aunque tenía un plan, ¿no? Varios planes en función de los imprevistos. Pero cada plan tenía el mismo final: tan sólo era cuestión de cómo llegar ahí. Duraría el tiempo suficiente para escribir lo que tenía que escribir en ese diario. Algo tan simple como una libreta a la espera de que

la llenaran. Le había dado un propósito, una chispa, un sinuoso recorrido para asegurarse de que los últimos días de su vida tenían un significado. Una huella en el mundo. Plasmaría toda la cordura que pudiera sacar de su cabeza antes de que se la arrebataran.

No sabía qué había sido esa bocina, quién la había activado ni por qué de repente estaba todo tranquilo en el exterior. No quería saberlo. Pero a lo mejor se le había despejado el camino. El único tema pendiente era cómo apartarse de Thomas y los demás. Quizá pudiera despedirse de ellos de alguna forma. Ya le había escrito una nota deprimente a Tommy, bien podía escribir otra.

Newt decidió que su diario sobreviviría a perder una página. La arrancó y se sentó a escribir un mensaje. El bolígrafo rozaba casi el papel cuando se quedó paralizado, como si fuera a decir la frase perfecta, pero se disipara en su mente como el humo. Suspiró, irritado. Ansioso por salir del iceberg, por alejarse —cojeando o no— antes de que algo cambiara, escribió unas cuantas líneas, lo primero que le vino a la cabeza:

No sé cómo, pero han entrado. Me llevan a vivir con los demás raros. Es lo mejor. Gracias por ser mis amigos.

Adiós.

No era totalmente cierto, pero pensó en las bocinas y en todo el alboroto que había oído fuera del iceberg y se imaginó algo por el estilo. ¿Era lo bastante breve y cortante para impedir que fueran a buscarlo? ¿Para meterles en sus duras molleras que no quedaba esperanza para él y que sólo sería un estorbo? ¿Que no quería que lo vieran transformarse en un ser antes humano, ahora caníbal y loco de atar?

No importaba. No importaba en absoluto. Se iba a ir de todos modos.

Para que sus amigos tuvieran más posibilidades de conseguirlo con un obstáculo menos. Un Newt menos.

CAPÍTULO 2

Las calles eran un caos, un desorden absoluto similar a unos dados que alguien hubiera agitado y desparramado por la zona.

Pero esa no era la parte que daba miedo. La parte que daba miedo era lo normal que parecía todo, como si el mundo se hubiera estado arqueando hacia ese momento desde el día en que su rocosa superficie se enfrió por primera vez y los océanos dejaron de bullir. Los restos de los barrios periféricos estaban hechos escombros. Había edificios y hogares con las ventanas rotas y la pintura descascarillada; basura por todas partes, esparcida como los pedazos de un cielo hecho añicos; vehículos de todo tipo, abollados, sucios; árboles y vegetación creciendo en lugares no destinados para ellos. Y lo peor de todo eran los raros que deambulaban por las calles, los jardines y los patios como comerciantes que estuvieran a punto de empezar un enorme mercadillo navideño: ¡TODOS LOS ARTÍCULOS A MITAD DE PRECIO!

La vieja lesión de Newt estaba molestándolo, le hacía cojear más de lo habitual. Fue tambaleándose hasta la esquina de una calle y se sentó con dificultad, apoyado contra un poste caído cuyo propósito original ya sería para

siempre un misterio. En un extraño y azaroso giro de los acontecimientos, las palabras «mercadillo navideño» habían removido algo en su interior. No entendía muy bien por qué. Aunque hacía mucho tiempo que le habían borrado la memoria, siempre había notado algo extraño. Él y los demás recordaban innumerables cosas que nunca habían visto ni experimentado: aviones, el fútbol, reyes y reinas, la tele... El Golpe había sido como una máquina minúscula que se había abierto camino por sus cerebros y había cortado recuerdos específicos que los convertían en quienes eran.

Pero, por alguna razón, ese mercadillo navideño —ese raro pensamiento que se había colado en sus reflexiones sobre las escenas apocalípticas que le rodeaban— era diferente. No era una reliquia del viejo mundo que conociese por una mera asociación de ideas o información general. No. Era...

«Maldita sea», pensó. Era un recuerdo real.

Miró a su alrededor mientras intentaba procesarlo. Vio a raros en distintas fases arrastrando los pies por las calles, los aparcamientos y los patios atestados. Suponía que aquellas personas estaban infectadas, todas y cada una de ellas con independencia de sus actos o movimientos; de lo contrario, ¿por qué iban a estar fuera, ahí en medio? Algunos tenían conciencia y se movían con normalidad, como él todavía, en las primeras fases de la enfermedad y con la mente casi intacta. Había una familia acurrucada, todos juntos en el césped seco, comiendo lo que habían

encontrado en la basura. La madre sostenía una escopeta para protegerse. Había una mujer apoyada en una pared de cemento, de brazos cruzados y llorando... Sus ojos revelaban la desesperación de sus circunstancias, pero no reflejaban locura, aún no. Varios grupos pequeños de personas hablaban en susurros mientras contemplaban el caos que los rodeaba, probablemente tratando de idear algún plan para una vida que ya no ofrecía planes deseables.

Otros de la zona aparentaban estar entre la primera y la última fase de la enfermedad: se comportaban de manera imprevisible y se mostraban enfadados, indecisos, tristes. Vio a un hombre cruzar una intersección con su joven hija detrás, de la mano, como si fueran al parque o a comprar caramelos. Pero se detuvo en mitad de la calle, le soltó la mano a la niña, la miró como si no la conociera, soltó un gemido y se echó a llorar como si él mismo fuese un niño. Newt vio a una mujer comiéndose un plátano —¿de dónde había sacado un puñetero plátano?— que se paró de pronto, lo tiró al suelo y empezó a pisotearlo con ambos pies como si acabara de descubrir una rata mordiendo a su bebé en el cochecito volcado.

Y luego también estaban, por supuesto, los que sin duda habían traspasado desde hacía tiempo el Ido, esa línea que separaba a los humanos de los animales, a las personas de las bestias. Una chica, que no tendría más de quince o dieciséis años, estaba tumbada en mitad de la carretera más cercana balbuceando incoherencias, mordiéndose los

dedos con la suficiente fuerza como para que le goteara sangre en la cara. Soltaba una risita cada vez que lo hacía. No muy lejos de ella, había un hombre agachado junto a lo que parecía un trozo de pollo crudo, pálido y rosa. No se lo comió, aún no, pero movía los ojos a izquierda y derecha, arriba y abajo, carente de cordura y dispuesto a atacar a cualquier idiota que se atreviera a quitarle la carne. Un poco más abajo en la misma calle, unos cuantos raros se peleaban como una manada de lobos, mordiendo, arañando y desgarrando como si los hubieran echado a un coliseo de gladiadores y sólo pudiera salir uno con vida.

Newt bajó la vista y se dejó caer en el pavimento. Se quitó la mochila de los hombros y, al sostenerla en los brazos, notó el borde afilado del lanzagranadas que se había llevado de las armas que Jorge tenía guardadas en el iceberg. No sabía cuánto duraría sin energía el aparato que disparaba proyectiles eléctricos, pero se figuró que no le vendría mal contar con él. La navaja la tenía en el bolsillo de los vaqueros, plegada y lo bastante sólida, por si alguna vez tenía que usarla en un combate cuerpo a cuerpo.

Pero esa era la cuestión. Como había pensado antes, todo lo que veía a su alrededor se había convertido de algún modo en la «nueva normalidad» y, por más que lo intentaba, no acertaba a comprender por qué no estaba aterrado. No tenía miedo ni inquietud ni angustia, ni el deseo innato de correr, correr, correr. ¿Cuántas veces se había topado con los raros desde que habían escapado del laberinto? ¿Cuántas veces casi había mojado los pantalones

por puro terror? Quizá se debía al hecho de que ahora era uno de ellos, de que rápidamente descendía a su nivel de locura, que mantenía a raya el miedo. O quizás era la locura en sí misma, que destruía sus instintos más humanos.

Y ¿qué era eso del mercadillo navideño? ¿Acaso el Destello estaba liberándolo del Golpe al que CRUEL le había sometido? ¿Sería ese el billete a su viaje final más allá del Ido? Ya sentía la mayor desesperación que había experimentado en su vida al abandonar a sus amigos para siempre. Si los recuerdos de su vida anterior, de su familia, empezaban a invadirle sin piedad, no sabía cómo podría tomárselo.

Por suerte, el estruendo de los motores le sacó finalmente de aquellos pensamientos cada vez más deprimentes. Tres furgonetas habían doblado la esquina de una calle que salía de la ciudad, aunque llamarlas furgonetas era como llamar gato a un tigre. Eran enormes, de unos catorce o quince metros de largo y la mitad de alto y ancho; estaban totalmente blindadas, con las ventanas tintadas de negro y protegidas de ataques mediante barras de acero. Ya sólo los neumáticos eran más altos que el propio Newt, que se quedó mirándolas fijamente mientras se preguntaba, asombrado, qué iba a presenciar de primera mano.

Sonó un bocinazo de los tres vehículos al mismo tiempo, un ruido ensordecedor que le agitó los tímpanos. Era el mismo que había oído dentro del iceberg. Algunos de los